



el hilo rojo

Ann Hood

Un hilo rojo invisible
conecta a aquellos que están
destinados a encontrarse,
sin importar tiempo,
lugar o circunstancias.

Ann Hood

El Hilo Rojo

Traducción de Montse Batista

Índice

PRIMERA PARTE:	Orientación.....	13
SEGUNDA PARTE:	Estudio del hogar.....	75
TERCERA PARTE:	Documentos a China.....	129
CUARTA PARTE:	La espera.....	199
QUINTA PARTE:	Asignaciones.....	255
SEXTA PARTE:	China.....	295
	Agradecimientos.....	331

1

Maya

Cuando dormía, Maya soñaba que se caía. Pero cuando estaba despierta era firme como una roca. La gente confiaba en ella. Contaban con ella para recibir apoyo, ayuda y consejo. Por eso estaba sentada en la cocina de su amiga Emily escuchando las quejas sobre su matrimonio, su hijastra Chloe y su vida sin hijos en un barrio residencial. La cocina estaba decorada para que pareciera un lugar de la campiña francesa, toda de madera a la vista y piedras grandes. El hecho de que Emily no cocinara hacía que la cocina fuera aún más ridícula.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Emily.

—Tienes esos grandes carteles ahí colgando y ni siquiera te gusta Francia —contestó Maya, y señaló uno en el que había un cerdo enorme de color rosa y la palabra *cochon* escrita en blanco debajo.

—Sí que me gusta Francia —aseguró Emily—. Lo que no me gustó fue la supuesta luna de miel que pasé allí, los recorridos en coche con Chloe quejándose y mareándose en el asiento trasero.

—Lo sé —le dijo Maya. Dio unas palmaditas en la mano a su amiga—. Una niña de once años no debería estar en una luna de miel.

—Tuvimos que andar buscando teléfonos públicos para que pudiera llamar a su madre y contarle lo desgraciada que era. Y esas tarjetas telefónicas nunca funciona-

ban —Emily suspiró—. Desde entonces todo ha ido de mal en peor.

Maya miró por la ventana hacia el jardín organizado en terrazas. Las flores estaban dispuestas por tonalidades, todas las de color naranja juntas, luego las amarillas y las rosadas. ¿No se suponía que las flores tenían que combinarse?, se preguntó. Por encima de las flores colgaban unos comederos para colibríes que se mecían levemente con la brisa de finales de primavera.

—¿Vienen? —preguntó Maya.

—¿Los colibríes? —Emily le dijo que no con la cabeza—. Por lo visto tengo la capacidad de mantener alejadas todas las cosas pequeñas y frágiles.

Una vez, cuando vivía en Hawái, Maya había observado toda una variedad de colibríes que entraban y salían como una flecha del comedero que había en el jardín del vecino. Eran unos colibríes diminutos, del tamaño de un abejorro. Maya sabía que el corazón les latía a un ritmo de 1.260 pulsaciones por minuto. «Como el rápido palpitante del corazón de un feto», pensó.

—No como tú —estaba diciendo Emily—. Tú das vida a la gente. Les das esperanza.

Maya Lange dirigía la agencia de adopción Red Thread.* Entregaba bebés procedentes de China a familias de Estados Unidos. En los ocho años transcurridos desde que había abierto la agencia, había oído hablar de todos los tratamientos de fertilidad disponibles y había visto más corazones rotos de los que podría contar. Habiendo gestionado la adopción de más de cuatrocientos bebés, podría pensarse que el hecho de entregar esos niños a sus familias habría sanado su corazón, pero ella aún sentía como si alguien se lo hubiera agujereado de un puñetazo.

—Una mujer de mi clase de pilates me dijo que podría ser que fuera alérgica al esperma de Michael —con-

* *Red Thread* significa «hilo rojo» en castellano. (N. de la t.)

tinuó diciendo Emily—. Hay un médico en Filadelfia que inyecta a las mujeres el esperma de su marido para crear anticuerpos. Parece ser que después de diez tratamientos puedes mantener un embarazo en lugar de rechazarlo.

Maya no respondió a su amiga. Hacía mucho tiempo que había enterrado sus propios secretos. Sólo le pertenecían a ella y a un hombre con el que ya no hablaba. A veces se preguntaba si él también seguiría obsesionado. Es lo que provoca la culpabilidad. Te vuelve callado, temeroso, solitario. Hace que escuches el dolor de otras personas pero que no reveles el tuyo.

—Te parece raro —dijo Emily.

Maya lo negó con la cabeza.

—Nada es raro en el camino a la maternidad.

—Pareces tu propio folleto —señaló Emily.

—Sin embargo, ¿sabes lo que sí me parece raro? El jardín. ¿Por qué las flores están separadas de esa manera?

—¿Cómo? —preguntó Emily con el ceño fruncido.

—Por colores. Una de las maravillas de las flores es lo bien que se ve el naranja junto al púrpura, y lo preciosos que quedan el rojo y el rosado juntos. Si nos vistiéramos de esa forma tendríamos un aspecto ridículo. Pero las flores están hechas para combinarse así.

—Lo hizo la paisajista —explicó Emily—. Fue toda idea suya.

Las dos mujeres permanecieron en silencio, ambas mirando el jardín bañado por la luz del sol, perdidas en sus propios pensamientos. La superficie de madera de la mesa rústica las separaba.

—Menos los comederos —añadió Emily en voz baja—. Esos los colgué yo. Quería atraer a los colibríes.

Maya volvió a pensar en esos colibríes minúsculos del jardín de su vecino.

—Una vez... —empezó a decir.

Emily la miró con expectación.

—No es más que una historia de colibríes —se encogió de hombros—. En realidad, ni siquiera es una historia.

El sonido de la puerta principal al abrirse y la ruidosa llegada del marido de Emily, Michael, y de su amigo rompieron la atmósfera melancólica de ese instante. Una conocida e incómoda sensación se instaló en el estómago de Maya.

Emily se inclinó hacia su amiga.

—Ha llegado tu novio.

Maya puso los ojos en blanco.

—¡Por favor! —protestó.

Emily había asumido la misión de encontrar un hombre para Maya a pesar de que ésta había insistido en que no deseaba una relación. Emily se lo había discutido diciendo que todo el mundo necesita contacto humano. Incluso Maya Lange. A partir de ahí empezó una continua serie de citas con hombres incompatibles que duraba desde hacía ya demasiados meses. Los viernes por la noche, Maya conducía desde su casa en Providence hasta la de Emily, a unos veinte minutos en coche, en la zona residencial de Barrington. Dicha localidad tenía unas calles con muchas curvas bordeadas de muros de piedra, árboles frondosos y casas inmensas alejadas del camino. Lo único que se veía de ellas eran los tejados con torres y el suave resplandor de las luces.

Michael entró en la cocina con la corbata ya aflojada y seguido por la última víctima. Cuando Michael se inclinó para saludar a Emily con un beso, Maya examinó a su cita con recelo. Todos los hombres parecían iguales: calva incipiente, un vientre que empezaba a ensancharse, un bonito traje y zapatos lustrosos. Éste llevaba gafas, de esas rectangulares y estrechas que solían llevar todos los que querían aparentar estar a la última o ser más inteligentes de lo que en realidad eran.

—Jack —le dijo, y le tendió la mano.

Maya se la estrechó con rapidez.

—¿Qué me dices de una Stella? —le preguntó Michael al tiempo que abría la enorme puerta del refrigerador de acero inoxidable.

—Suena bien —respondió Jack.

—¿Puedes abrir una botella de Chardonnay para nosotras? —le pidió Emily.

Michael sacó la cerveza y una botella de vino y fue a buscar vasos para todos.

—¿Por qué no te sientas? —le dijo Emily a Jack, que se había quedado allí de pie en la cocina, incómodo.

—¿No deberíamos ir a la sala de estar? —sugirió Michael—. ¿Ponernos cómodos?

Dejó las bebidas en la mesa y luego volvió a la nevera a por el *hummus* y una fuente de verduras para acompañar.

—¿Por qué no vais pasando? —les dijo Michael—. Quiero llamar a Chloe y ver cómo le ha ido el partido.

—¿Lacrosse? —preguntó Jack mientras mojaba una zanahoria pequeña en el *hummus*. Pero Michael ya estaba marcando el número de teléfono y Emily había empezado a sacar la comida. Jack se encogió de hombros y salió detrás de Emily. Maya permaneció sentada un momento. Ella quería estar en su casita, a salvo de citas a ciegas y de la incomodidad de un beso de despedida.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Michael con entusiasmo al teléfono.

Maya suspiró, agarró la botella de vino y su copa y se dirigió a la sala de estar.

En aquellas citas dobles siempre cenaban en el mismo restaurante, un lugar oscuro y de techo bajo que presumía de llevar allí desde el siglo XVIII. En la comida siempre había algún detalle que no estaba bien, una mermelada de cebolla que dominaba la carne o una vinagreta con demasiada mostaza. Pero parte de la farsa consistía en fingir que le encantaba la comida, de modo que Maya comentó

lo interesante que le parecía su plato y lo atrevido que era el chef. Bebió demasiado vino y habló demasiado poco.

Mientras Emily y Michael discutían los postres, Jack cruzó la mirada con Maya y le sonrió. Fue una sonrisa afable que la conmovió, como si pudieran tener algo en común. Unas lágrimas inesperadas acudieron a sus ojos, y Maya se concentró en el menú de los postres con sus complicadas combinaciones de chocolate y brie, helado de salvia y *crème brûlée* de lavanda. La rareza de los postres, esa extraña necesidad de mezclar lo dulce y lo salado, le parecía triste.

Le sobrevino la imagen de su ex marido esforzándose en hacer una pasta perfecta para la tarta. Maya había tenido antojo de tarta de manzana y él se había puesto a hacer una. Como científico que era, se había preocupado por la temperatura de la mantequilla, la proporción de manteca con respecto a la harina, la utilización de agua helada. «Por eso estudio las medusas en lugar de las artes culinarias», le había dicho. El sudor hacía que se le pegara el pelo a la frente y tenía un aspecto infantil en aquella cocina tan pequeña. Al otro lado de la ventana montaba guardia una palmera y el aroma de las flores de la plumeria endulzaba el aire. Entonces él la había besado y le había puesto la mano en el vientre.

—¿Estás bien? —le preguntó Jack en voz baja, inclinado sobre la mesa hacia ella.

—Sólo estaba pensando en tarta de manzana —logró responder.

Él sonrió y se le formaron unas arrugas en las comisuras de los ojos.

—Una buena tarta de manzana elaborada a la antigua —dijo—. Sí.

Maya intentó devolverle la sonrisa.

—Conozco un lugar donde podríamos comer un poco —sugirió Jack—. Dejemos a estos dos con su salvia y su lavanda.

Por un momento Maya se permitió imaginarse comiendo tarta de manzana con aquel hombre agradable, disfrutando de la intimidad, de un beso, de la promesa de otra cita.

Pero le dijo que no con la cabeza.

—Tengo un trecho en coche hasta mi casa —se excusó—. De todos modos, gracias.

Maya vio cómo la decepción le ensombrecía brevemente el rostro, como si hubiera fallado de algún modo. Quiso decirle que él no había hecho nada malo, que era su imposibilidad de volver a intimar con alguien, que destruía las cosas que amaba. Pero la expresión de Jack se desvaneció y al instante volvió su atención a Michael.

Emily tiró de la manga de Maya y le preguntó:

—¿Vamos al baño?

Maya la siguió hasta el pequeño baño diseñado para una sola persona y se apretujó contra la pared para que Emily pudiera cerrar la puerta.

—Es simpático —comentó Maya—. El más simpático de todos hasta ahora.

—Pero no vas a ir a comer tarta de manzana con él, ¿eh? —le dijo Emily. Se enroscaba los mechones de su cabello castaño en los dedos para que se viera despeinado. Luego se pintó los labios con cuidado y utilizó un pañuelo de papel como si fuera secante. Las mujeres cruzaron la mirada en el espejo—. Pues claro que os estaba escuchando.

—Puede que vuelva a verlo —dijo Maya—. Pero tengo que conducir...

—Ajá —Emily se inclinó hacia Maya y le pintó los labios—. Así está mejor —anunció.

—Si me lo pide le daré mi número, ¿de acuerdo?

Emily se encogió de hombros, pero Maya vio que estaba contenta.

—¿Maya? —Emily la llamó cuando ya se había dado la vuelta para salir—. Quizá ha llegado el momento de

que nos ayudes a tener un bebé —. Sus ojos verdes estaban llorosos—. Me refiero a lo de Filadelfia y las inyecciones de esperma. Quizá ha llegado el momento, ¿sabes?

Maya le puso la mano en el brazo y respondió:

—El lunes hay una noche orientativa. ¿Por qué no venís Michael y tú para informaros? Sin compromiso.

Emily se enjugó las lágrimas de los ojos y asintió.

Una vez más, detuvo a Maya cuando ésta se disponía a salir.

—¿Alguna vez has pensado en hacerlo? —le preguntó.

Maya frunció el ceño.

—Adoptar un bebé —aclaró Emily. Hacía casi cinco años que eran amigas, desde que se habían conocido en el concierto de Lucinda Williams en el club Lupo's Heartbreak Hotel de Providence. Aquella noche estaban sentadas una al lado de la otra y se habían reído de cómo las dos cantaban las canciones por lo bajo, de cómo ambas habían llorado cuando cantó *Passionate Kisses*. Eso fue antes de que Emily se casara con Michael, y las dos mujeres habían acabado intimando después de algunas cenas en el restaurante New Rivers y de pasar las tardes del sábado viendo dos o tres películas seguidas. Aun así, Emily le hizo la pregunta con vacilación.

El baño era tan pequeño que sus cuerpos se rozaban levemente. Maya percibía el olor floral de un producto de limpieza y un débil tufillo a laca.

Emily era su mejor amiga, pero Maya no podía decirle que una vez, cuando abrió la agencia de adopción Red Thread, había rellenado todos los formularios para adoptar un bebé, pero que había acabado echándose atrás al imaginar las preguntas que le harían sobre su pasado. En alguna parte había constancia de todo. Había tenido el caso de una familia a la que se le había negado la adopción por un cargo de conducción bajo la influencia del alcohol en la época de la universidad y a otra por un cargo de hurto ocurrido en la adolescencia.

Maya dijo que no con la cabeza.

Emily le escudriñó el semblante un momento, como si supiera que Maya estaba mintiendo.

—Quizá algún día —dijo al fin Emily.

—Me alegro de que vayas a hacerlo —respondió Maya, aliviada por conseguir desviar la conversación de sí misma.

Hunan, China

WANG CHUN

—*¿Quién se quedará con este bebé?* —pregunta Wang Chun en voz alta—. *¿Quién la acogerá y la querrá?*

Levanta a su hijita, se la acerca al pecho y guía el pezón hacia su boca. A esta criatura le cuesta mamar, como si conociera la suerte que le espera. Chun se obliga a quitarse de la cabeza esos pensamientos. Todo es yuan, destino. Pensar en el porvenir de su hija no lo cambiará. ¿Acaso no le había dicho su madre: «El cielo no hace callejones sin salida para la gente»? ¿Acaso no le había dicho su marido, cuando empezaron las contracciones, hacía apenas cinco días: «Recuerda, Chun, podemos tener otros muchos bebés si es necesario»? ¿Acaso no le había dicho aquella mañana, cuando salía de casa con el bebé en el canguro que rebotaba suavemente contra la cadera y el vientre aún hinchado de Chun: «Recuerda, Chun, una niña es como agua que viertes»? ¿Y acaso ella no había asentido a sus palabras, como si estuviera de acuerdo con él, como si ella también creyera que una hija es como agua que viertes y dejas fluir?

La succión de la niña es débil, carece de vitalidad y, por un instante, a Chun le da un vuelco el corazón. Quizá sea un bebé enfermizo. Tal vez su succión débil es una señal de

que no vivirá mucho tiempo. Chun casi sonríe al pensarlo. Si va a perder a su hija de todos modos, ¿no resultaría más fácil que fuera ahora que tiene sólo cinco días que más adelante, cuando tenga cinco meses o incluso cinco años? Pero entonces, como si le leyera el pensamiento, la criatura se engancha al pezón de Chun y empieza a succionar ruidosa y vorazmente. El bebé alza la mirada hacia Chun con unos ojos que hasta entonces no se habían fijado en nada en absoluto. Habían estado empañados y medio cerrados, como los de un gatito. Ahora el bebé posa su mirada solemne en el rostro de Chun y mama con fuerza de su pecho como si quisiera decir: «¡No, madre! ¡He venido para quedarme!»

Chun quiere apartar la mirada pero no puede. Madre e hija siguen mirándose hasta que la pequeña queda saciada. Da un suave hipido y afloja la boca sin soltar del todo el pezón. Parece que no quiera soltarlo.

—Tienes que hacerlo —dice Chun en voz baja—. Tienes que soltarla. —Las palabras van dirigidas a su hijita, pero, en cierto modo, parece que se las esté diciendo a sí misma.

El sol de poniente tiñe el cielo de un hermoso color lavanda y las nubes de violeta, magenta y azul grisáceo. Chun no se ha permitido ponerle nombre a este bebé. Pero en ese momento se inclina para besarle la cabeza a su hija y susurra:

—Xia... Nubes de colores.

El bebé ya está durmiendo y Chun lo acomoda en el capazo. Lo tapa con la manta de algodón y se cerciora de remeterla bien para que la niña esté abrigada. El capazo es el característico de su pueblo. Alguien que conozca su pueblo, que haya viajado hasta él durante siete horas por caminos secundarios junto a los campos de col rizada, reconocería el capazo. Verían a esa niña durmiendo en aquel capazo particular y sabrían de dónde viene. La manta también podría proporcionar una pista. Está confeccionada con pedazos de ropa de la propia Chun, con tela comprada en el pueblo. El algodón púrpura y azul marino habían sido sus panta-

lones y su blusa. Había cortado las prendas con cuidado en cuadrados que luego había cosido entre sí el día después del nacimiento del bebé, sabiendo lo que tendría que hacer. Pero una persona que hubiera visitado su pueblo podría saber que aquella tela provenía de allí.

Chun se reprende por su sentimentalismo. No es buena idea dejar pistas. Hace poco sorprendieron a su vecina cuando dejaba a su hijita en aquella misma ciudad en la que Chun se encuentra ahora mirando a Xia. Dicha vecina llevó a la niña hasta la puerta de la institución social y la dejó allí en una caja que había contenido melones de los que se vendían en el mercado del pueblo. Había dejado a la niña al alba y se quedó medio escondida detrás de los automóviles aparcados en el patio.

Cuando la directora de la institución llegó al trabajo, vio allí a la mujer y le dijo con severidad:

—¡Eh, tú! ¿Qué estás haciendo en este patio?

La vecina intentó salir corriendo, claro está, pero, ya fuera por miedo o por culpabilidad, se quedó allí paralizada detrás de los coches, agachada y temblando.

—¿Sabes que la ley me obliga a llamar a las autoridades si has dejado algo aquí? —dijo la mujer. Miró rápidamente hacia la puerta, donde estaba la caja con el bebé dentro.

—¿Es tuyo? —preguntó la mujer en un tono de voz más amable—. Me daré la vuelta y cuando vuelva a mirar en tu dirección, tú y tus pertenencias tendréis que haber desaparecido.

La mujer hizo precisamente eso. Se dio la vuelta y esperó varios minutos.

La vecina de Chun corrió hacia la puerta, tomó a su hija de la caja que había contenido melones y huyó de ese patio. Más tarde, al volver a casa hambrienta, cubierta de polvo y con la niña en brazos, su marido la abofeteó con tanta fuerza que la tiró al suelo.

«¿Qué otra cosa podía hacer el hombre?», preguntó el esposo de Chun cuando ella le contó esta historia, que le

había sido referida por la propia vecina. Y Chun le había respondido: «Nada. No podía hacer otra cosa.»

Chun no le contó el resto de la historia a su marido. No le contó que el esposo de la vecina le había quitado el bebé y había emprendido él mismo el camino que se alejaba del pueblo. Dejó instrucciones a sus padres para que no dejaran entrar a su mujer en casa hasta que él regresara. Por suerte era verano y la mujer durmió en el jardín y comió los rábanos que crecían allí. Empezó a salirle leche de los pechos, se le pusieron duros y le dolían por la necesidad de amamantar a su bebé. Dentro, su hija mayor atisbaba por la ventana, curiosa al ver a su madre sentada sola en la tierra con unos grandes círculos húmedos que se extendían por su vestido de algodón. Pero la niña era demasiado pequeña para hacer preguntas o ayudar a su madre, que empezó a lamentarse a medida que pasaba el tiempo, le dolían y le rebosaban los pechos y su marido no volvía.

Aquella noche durmió fuera, en el suelo, y por la mañana desayunó rábanos; luego, enloquecida de dolor y pena, se desabrochó el vestido y se exprimió los pechos para sacar la leche aun cuando vio que su suegra la estaba mirando. Tenía el labio hinchado del golpe que le había propinado su esposo y aún notaba el sabor acre de la sangre. Y como sangraba por su parto reciente, se notaba el interior de las piernas pegajoso. Los pechos no parecían vaciarse de leche y le dolían aún más.

Aquella tarde, cuando su marido volvió a casa con las manos vacías, no la dejó entrar. Ni siquiera la miró. Sencillamente no le hizo ni caso. Los sonidos de su marido, su hija y sus suegros haciendo la cena y comiendo juntos, los olores del jengibre y la pimienta caliente, todo ello asaltaba sus sentidos. Los llamó pidiendo que la dejaran entrar, que le dieran comida. Pero hasta el día siguiente no apareció su marido en la puerta y le hizo señas para que entrara.

—¿Qué hemos aprendido de esto? —le había preguntado a Chun su marido.

Ella meneó la cabeza.

—Número uno —dijo él—: deja al bebé cuando sea de noche. Número dos: márchate. Número tres: no vayas al orfanato.

—Número cuatro —añadió Chun.

—¿Número cuatro? —preguntó su esposo, confuso.

—Número cuatro —dijo Chun—: no ames al bebé.

Es de noche. Es la hora.

Chun levanta el capazo con cuidado de no despertar a Xia. Sale de la arboleda del extremo del parque, cruza el césped y pasa junto a las abundantes flores en dirección al templo. Mañana es el primer día del Festival de la Flor y este parque ahora vacío se llenará de gente. Seguro que alguien encuentra el capazo de la distante aldea con la niña dentro y cuando vea el precioso regalo que contiene, sin duda llevará a Xia al lugar adecuado.

Le han dicho que no espere para asegurarse de que eso ocurre. Su esposo le ha advertido de que se marche. Pero la noche es tan oscura y el capazo parece tan pequeño, como un juguete, que llegado el momento Chun no puede marcharse. Se queda dudando en el parque oscuro y silencioso. ¿Tan terrible sería volver a la arboleda y esperar allí? Desde ese punto puede observar el templo. Podrá ver si una persona sale con el capazo en el que está Xia. No tendrá que contarle a su marido que ha hecho esto. Puede decir simplemente que la larga caminata la dejó agotada y que durmió un buen rato antes de emprender el camino de regreso.

Satisfecha con su plan, Chun vuelve a pasar junto a las flores, cruza el césped y se dirige a la arboleda. Coge el canguro en el que apenas unas horas antes llevaba a su hija recién nacida y lo enrolla para hacer con él una almohada en la que apoyar la cabeza. Al levantar la vista hacia lo alto ve que las hojas forman un dibujo parecido al encaje contra

el cielo. Chun mira el dibujo y piensa en que no quiere volver a hacer este viaje nunca más.

El año pasado tuvo una hija a la que dejó en la comisaría de una ciudad distinta. El año anterior tuvo una hija que su marido había aceptado quedarse, a regañadientes. No quiere que se le vuelva a romper el corazón. ¿Cuántas hijas puede perder una mujer y seguir amando a su esposo? ¿Seguir haciendo la comida, cultivar las hortalizas y sonreír a los demás? Ya tiene el corazón roto en mil pedazos. Una hija quién sabe dónde. Otra en un capazo al otro lado del parque, esperando a que alguien la encuentre.

Y sin embargo, esa misma mañana, tan sólo cinco días después de que naciera este bebé, su marido le había sonreído y le había dicho «No tardes en volver», y Chun supo que lo que quería decir era: no tardes en volver para que podamos intentarlo de nuevo a ver si es un niño.

Pero Chun está segura de que ella está hecha para tener sólo niñas. Contempla las hojas y considera su dilema. ¿Una mujer puede rechazar a su esposo en la cama? ¿Puede negarle sus necesidades, su anhelo, su hijo? Chun no tiene respuestas. Sólo sabe una cosa: no puede abandonar a otro bebé.

Le pesan cada vez más los párpados y su mente va allí donde ella no quiere que vaya. El año pasado, cuando dejó a su hija de tres días en las escaleras de la comisaría, era enero y hacía frío. Lo que Chun teme es que, a pesar de las capas de ropa, a pesar de las mantas con las que había envuelto cuidadosamente al bebé, a pesar sus ruegos a los cielos para que protegieran a su hija, no la encontraran a tiempo y muriera de frío en la noche de invierno.

Al pensar en ello, Chun se despierta de golpe. Se incorpora con el corazón palpitante. Aunque aún no ha amanecido del todo, los camiones están entrando en el parque. Chun se pone de pie precipitadamente. Tiene la boca seca y con mal sabor. Tiene las mamas llenas de leche. Se lleva la mano al pecho como si el pequeño gesto pudiera detener

el fuerte latido de su corazón. Unos hombres vestidos con ropa de trabajo color naranja salen de los camiones y empiezan a descargar sillas, rollos de tela y alguna clase de equipo. Se mueven en dirección al templete, y el sol naciente ilumina poco a poco sus figuras.

Chun oye entonces el sonido de unas voces excitadas. Uno de los hombres levanta su capazo y lo sujeta en alto, como si hubiera ganado un premio, y a continuación se lo da a los hombres de abajo. Xia se pierde en una imagen borrosa de color naranja. Chun espera sin saber qué hacer. Se da media vuelta para alejarse del parque y camina en dirección norte, hacia su casa, con pasos rápidos y decididos.

—¿Quién se quedará con este bebé? —pregunta Wang Chun en voz alta—. ¿Quién la acogerá y la querrá?

Por supuesto, no tiene respuestas. Sólo una madre puede amar a un bebé de la forma adecuada. Sólo una madre quiere de verdad a sus hijos. Una parte de ella quiere volver y gritar: «¡Ésa es mi hija!» Pero Wang Chun sigue andando con paso resuelto, alejándose.

MAYA

Maya estaba en su despacho rodeada de las fotos de las niñas. Niñas de cabello oscuro que sonreían a la cámara debajo de árboles de Navidad, dentro de las tazas giratorias rosadas de Disneylandia, o sentadas en una hierba verde frente a tulipanes o rosales, o en dormitorios tan blancos y adornados que parecían estar hechos para princesas. Las fotos le decían a Maya que aquellas niñas, a las que abandonaron en algún lugar de China y a las que llevaron a unos orfanatos en los que a menudo dormían dos o tres o cuatro en una cuna, aquellas niñas ahora eran felices. De hecho, no solamente eran felices, sino que ade-

más eran especiales. Tenían juguetes, vacaciones y ropa bonita. «¡Mírame!», parecían decir las fotografías. «¡Mira lo feliz y especial que soy!»

La mañana antes de una orientación, a Maya le gustaba llegar temprano, antes que su secretaria Samantha o su ayudante Jane, antes de que aparecieran documentos que escudriñar y de que empezaran a sonar los teléfonos. En dichas mañanas, como aquella, Maya llegaba temprano con su Venti *latte* desnatado y sin espuma y miraba las fotos de las niñas. Desde 2002, cuando abrió la agencia de adopción Red Thread en una oficina de una sola habitación de un tercer piso sin ascensor en el edificio de una antigua fundación, Maya había entregado cuatrocientas cincuenta y una niñas procedentes de China.

Aquella tarde, a las seis, las futuras familias iniciarían el primer paso del proceso de adopción, una orientación que tendría lugar en su despacho. Las nuevas oficinas de Wickenden Street eran espaciosas, un laberinto de habitaciones con pantallas de ordenador brillantes y mesas relucientes, salas de conferencias, cafeteras, refrigeración centralizada, faxes, fotocopiadoras y placas con nombres en la puerta. Y las fotografías de esas cuatrocientas cincuenta y una niñas por todas partes. Maya nunca se lo contaba a nadie, pero se sabía el nombre de todas esas niñas, tanto los nombres chinos que les ponían en los orfanatos como sus nuevos nombres norteamericanos. Sabía de qué provincia provenía cada una y dónde vivían actualmente.

Una vez había oído que Samantha y Jane cotilleaban sobre ella.

—Las conoce —había susurrado Samantha. Estaban preparando una cafetera, de pie en el rincón con la cabeza inclinada—. A todas.

—Ni siquiera Maya Lange puede acordarse de más de cuatrocientos nombres —dijo Jane.

Maya permaneció en la puerta hasta que la conversación se desvió al tema de la cita que Samantha había te-

nido la noche anterior. Samantha tenía citas constantemente, estaba decidida a encontrar al hombre adecuado, a casarse con él y a mudarse a East Greenwich o alguna otra zona residencial donde las casas tuvieran persianas y ondulantes extensiones de césped. Maya volvió a su despacho con sigilo y se sentó frente a su mesa preguntándose si el hecho de que conociera por el nombre a todos esos niños les parecía un logro espectacular o una rareza embarazosa. Maya sabía que Samantha y Jane le tenían un poco de miedo. Era una perfeccionista que no comprendía los errores. En su negocio trataban con niños y con familias que estaban desesperadas por tenerlos. No había margen para el error. Un formulario extraviado, una información incorrecta y una familia podía perder su lugar en la cola. Un niño podría tener que esperar más meses a tener un hogar. O algo peor.

En ocasiones Maya se preguntaba qué pensarían esas mujeres si supieran alguna cosa de su propia vida. Si les dijera: esto es lo que nos ocurrió a mi primer marido y a mí hace mucho tiempo, ¿serviría para que les cayera mejor? Si explicaba que aquella cosa terrible le había llevado a tomar malas decisiones, ¿se sentirían más cercanas a ella? Maya no quería (ni necesitaba) caerles bien ni que quisieran ser amigas suyas. Pero sí se preguntaba cómo cambiaría las cosas el hecho de que la vieran más humana.

Aquella mañana, antes de la orientación, Maya se sorprendió pensando en todo ello otra vez. Suspiró y se centró en organizar las cosas. A Maya le servía de consuelo y de evasión preparar las cosas para las familias. Sabía que tenían que recorrer un largo camino para conseguir un hijo. Aquella noche la orientación. Luego venía todo el papeleo, reunir sus certificados de nacimiento, formularios de hacienda, extractos de cuentas y cartas de recomendación. Tenían que obtener un certificado de antecedentes penales y hacer que les tomaran las huellas dactilares. Un trabajador social tenía que efectuar tres estudios de su

casa para asegurarse de que contaban con una vivienda segura y con una habitación para el niño. Y luego venía más papeleo: la aprobación de Estados Unidos y enviar todos aquellos documentos a China. Se tardaba seis meses en completar todo ese proceso, y al término de dicho plazo no se podía hacer nada más que esperar a que China enviara una asignación. Maya había visto esperas cortas, incluso de un año, y otras que se alargaban hasta tres.

Maya dio un sorbo al café e hizo una mueca. No importaba las veces que lo había pedido sin espuma, la chica... ¡la *barista*! (se rió al pensarlo) no lograba hacerlo como ella quería. Aun así, el amargo café expreso sabía bien, y Maya se permitió hacer una pequeña pausa en su ritual para pensar en Jack y en que, en efecto, le había pedido el número de teléfono en el aparcamiento del restaurante, junto a su Volkswagen Escarabajo de color naranja. Aquella noche Maya había sentido una emoción casi olvidada cuando él se inclinó y la besó. Fue sólo un beso, pero la había conmovido extrañamente. Maya sonrió al pensar en ello, pero acto seguido se reprendió. ¿Qué sentido tenía idealizar algo que no iba a ocurrir? Se alisó la falda, como si el hecho de permitir que incluso el menor atisbo de intimidad penetrara en sus pensamientos se la hubiese arrugado de algún modo. Maya tomó otro sorbo de café. Quizá escribiera una carta a la empresa sobre la espuma en los *latte*.

Pero no lo haría aquel día. Aquel día se prepararía para reunirse con las potenciales nuevas familias. Se acercó a la pared en la que estaban las fotografías más antiguas y respiró hondo. Olivia. Ariane. Melissa. Iba rozando las fotos con el dedo a medida que decía los nombres de las niñas. Kate. Caitlin. Michelle. Julie. Isabella. Rose. Morgan. Maya sonrió. Allí estaban. Las diez primeras. Todas ellas traídas desde la provincia de Sichuan en diciembre de 2002. Aquella primera vez ella había viajado con las familias para asegurarse de que todo salía a la

perfección. Los padres de Julie habían perdido los pasaportes y Maya se había ocupado de eso. Los padres de Olivia no tenían el dinero para la donación al orfanato en billetes limpios y sin arrugar y Maya se había ocupado de eso; encontró un banco en medio de la nada que tuviera más de mil dólares norteamericanos y los convenció de que aceptaran a cambio los que estaban levemente usados. Después Jordan había contraído una fiebre y Maya la había llevado al hospital local y se había quedado con ella toda la noche hasta que la fiebre remitió. La madre de Michelle había olvidado mencionar que tenía alergia a los cacahuets y sufrió un shock anafiláctico durante la cena de despedida. Pero Maya había recordado que la madre de Caitlin era alérgica a las abejas y tenía una inyección de epinefrina que la propia Maya preparó y administró.

Todos los detalles. Todos los problemas. Todas las niñas eran responsabilidad suya. Y a pesar de los pasaportes perdidos, el dinero que no servía, la fiebre y la alergia a los cacahuets, todo fue perfecto. Allí estaban esas diez niñas, todas ellas felices, especiales. Maya deslizó el dedo hacia la fila siguiente y repitió el mismo proceso. Ali. Elizabeth. Joy. Pronunció los nombres al tiempo que tocaba ligeramente todas las imágenes brillantes, hasta que acabó con las de aquella pared y siguió con las del tablón de anuncios del pasillo, y del otro que había en la sala de orientación y del que estaba junto a la puerta de entrada. Cuatrocientas cincuenta y una niñas. Cuando ya había terminado, se abrió la puerta y entró Samantha.

—Has llegado temprano —le dijo con ese acento de Rhode Island que ponía un pelín nerviosa a Maya—. Esta tarde hay orientación, ¿eh?

—Sí —contestó Maya—. Creo que me gustaría tener unas galletas Petit Écolier. Las de chocolate negro. Y esa limonada de Paul Newman.

—¿Rosada? ¿O normal? —preguntó Samantha.

Normá. Maya se estremeció.

—Normal —contestó con precisión.

No sabía si Samantha se había dado cuenta, o si le importaba siquiera, pero la cuestión es que no dijo nada. Se deslizó en su asiento detrás de la mesa y se colocó el auricular por detrás del pelo, corto y oscuro, lista para que empezara el día.

El verano de 2001, después de que Maya se divorciara definitivamente y dejara atrás su vida en Honolulu por un trabajo a tiempo parcial enseñando biología marina en la Universidad de Rhode Island, sus padres se la llevaron a China a pasar un mes de vacaciones. Ella no había querido ir. En lugar de eso quería quedarse en su apartamento de Transit Street, en Providence, beber demasiado vino y ver películas malas por televisión, sola. Pero su madre insistió, quizá a sabiendas de que sería eso lo que haría. Le compró el pasaje aunque Maya le había dicho que no quería ir y le mandó guías con los lugares de interés clave resaltados con verde fosforito. Los soldados de terracota. La Gran Muralla. La Ciudad Prohibida.

Desde que los padres de Maya se habían jubilado, lo único que hacían era viajar. La Patagonia. Perú. Camboya. Y ahora China. Ambos eran biólogos marinos y habían sido profesores en la Universidad de California, en Santa Cruz, y Maya creció intentando llamar su atención. Sus padres amaban la ciencia más que nada. Era el tema de conversación durante la cena. Era la forma en que pasaban sus fines de semana y sus vacaciones, en laboratorios y mirando por microscopios. Maya aprendió muy pronto que para formar parte de aquella familia ella también tenía que amar la ciencia. Cuando ganó el primer premio de la Feria de Ciencias del Norte de California en cuarto curso por su proyecto sobre el sistema nervioso de las medusas, sus padres se fijaron por fin en ella. Hasta que

Maya creció, los dejó y ellos pudieron volver a lo que más amaban: la ciencia y el uno al otro.

Tras su divorcio y el traslado hacia un clima más frío al otro lado del país, sus padres volvieron a fijarse en ella. A su madre nunca se le había dado muy bien ejercer como tal y recurría a tópicos para decir algo importante. Uno de sus favoritos era: «Una puerta se abre y otra se cierra.» Y «Mañana será otro día». Maya no podía imaginarse un mes entero de tópicos cuando tenía el corazón destrozado y la vida desbaratada. Pero con cada paso del viaje que iba encajando en su sitio (los visados conseguidos, las excursiones reservadas, los asientos del avión seleccionados) se sorprendió dejándose llevar por la idea de un lugar exótico cuyo idioma no conocía y donde nada tenía las huellas de su vida anterior.

Cuando bajó del avión en Pekín y vio a sus padres esperándola, corrió a sus brazos. Pero a pesar de ser un lugar extranjero, China quedó distorsionada por la persona aturdida y herida en que Maya se había convertido. «¡Necesitas ayuda!», le gritó su madre cuando la encontró borracha en el salón del hotel por la noche. «¡Necesitas terapia!» Maya subió a la Gran Muralla acalorada y con resaca, comió Dim Sum y escuchó a los guías turísticos con sus acentos marcados y casi indescifrables.

Una mañana la guía se reunió con su pequeño grupo en el vestíbulo del hotel, emocionada.

—¡Grandes noticias! ¡Buenas noticias! —exclamó. Llevaba una camiseta de Gap de color rosa pálido y unos vaqueros lavados a la piedra—. ¡Esta mañana visitamos orfanato! Muy emocionante.

—Yo no voy —le susurró Maya a su madre—. Ya sabes cómo me siento con respecto a los bebés. —La palabra «bebés» se le atoró en la garganta.

—Quizá sería bueno para ti —dijo su madre.

—Deja de decirme lo que es bueno para mí —replicó Maya elevando el tono.

—¡Bebés no! —terció la guía—. ¡Todas las edades!
Abrió su ridículo paraguas verde para indicar que había llegado el momento de seguirla.

Maya se dejó arrastrar fuera del hotel y subió al autobús.
—No voy a entrar —le dijo a su madre.

Sin embargo, lo hizo. Fue algo que Maya nunca pudo explicar. Pasaba buena parte del tiempo evitando los bebés, inventando excusas para perderse los *baby showers* y los bautizos de sus colegas. Pero aquella calurosa mañana de agosto en Guanzhou, Maya siguió aquel paraguas verde hasta el interior de un orfanato y su vida cambió. Veía niños por todas partes, dondequiera que mirara. Bebés, niños que empezaban a caminar, otros en edad preescolar e incluso adolescentes. Niños por todas partes. La directora del orfanato dio una charla edificante y luego cantaron todos juntos una canción patriótica. Los más pequeños avanzaron corriendo y entregaron un crisantemo a cada uno de los visitantes. Luego se marcharon en fila, con la espalda recta como un palo.

La guía turística abrió su paraguas verde y todo el mundo, excepto Maya, empezó a marcharse. Maya corrió hacia la directora del orfanato.

—¿Sí? —le dijo en tono severo la mujer, con las gafas manchadas deslizándose hacia la punta de la nariz.

—Yo... —dijo Maya, pero no encontraba palabras. La emoción se le clavaba en el pecho.

La directora se subió las gafas y asintió.

—¿Quiere un niño? —En aquella época era casi así de sencillo: con un poco de papeleo, los occidentales podían ir a un orfanato y elegir un niño para adoptarlo.

Maya le dijo que no con la cabeza. A través de la ventana vio a los niños mayores jugando en un patio.

—¿No? —le preguntó la directora mirándola con el ceño fruncido.

—No —logró contestar Maya por fin—. No quiero uno. Los quiero todos —abrió los brazos de par en par—. Todos.

Y así nació la agencia de adopción Red Thread. Quince familias acudieron a aquella primera orientación y en cuestión de un año y medio diez de ellas tuvieron a sus hijas. Para entonces las normas habían cambiado. Había más papeleo y unos funcionarios chinos emparejaban a los bebés con sus familias adoptivas en una oficina anónima. Las familias esperaban hasta que se les asignaba uno y les enviaban una fotografía de su bebé.

Maya escribió en su primer folleto:

«En China existe la creencia de que las personas destinadas a estar juntas están conectadas por un hilo rojo invisible. ¿Quién hay al otro extremo de tu hilo rojo?»